

inmolacion invisible, pero real, él mismo se sacrifica, haciéndose á la vez víctima y hostia, Sacerdote y Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. ¿Cuándo y cómo lo hace? concluye este Santo Padre. Cuando dió á comer su cuerpo y á beber su sangre á sus discípulos: entonces es cuando declaró solemnemente con las obras, que el sacrificio del Cordero quedaba cumplido, y realizadas las figuras antiguas (1).

Notad más; en el sacrificio de la antigua alianza, Moisés roció con la sangre de las víctimas el altar, las doce piedras que representaban á las doce tribus, y al pueblo, y sobre todo, como más próximos á él, á los doce príncipes de Israel (2): en la nueva debia tambien suceder así; y esos príncipes, los Apóstoles, esas doce piedras fundamentales no estuvieron en el Calvario para recibir la aspersion de la sangre, y ratificar con ello su alianza con Dios, en nombre de toda la humanidad. Esta aspersion la hace Jesucristo en el Cenáculo, dando á beber su sangre á los doce. En los sacrificios antiguos, en fin, los que asistian participaban de la cosa ofrecida, comian la carne consagrada á la Divinidad. Asistiendo al sacrificio y poniendo su mano sobre la cabeza de la víctima que se ofrecia por el pecado, figuraban trasladar á ella sus pecados, y la obligaban á inmolarsé (3).

(1) Qui enim Domini auctoritate cuncta disponit, non ex proditione sibi impendentem necessitatem, non judæorum quasi prædonum impetum, non Pilati potentiam spectat, ut eorum malitia sit communis hominum salutis principium et causa: sed consilio suo antevertit, et arcano sacrificii genere quod ab hominibus cerni non poterat, se ipsum pro nobis hostiam offert et victimam immolat, sacerdos simul existens, et Agnus Dei qui tollit peccatum mundi. ¿Quando id præstitit? Cum corpus suum discipulis congregatis edendum, et sanguinem bibendum præbuit, tunc aperte declaravit Agni sacrificium jam esse perfectum. (S. Greg. Niss., Orat. 1 in Sanctum Pascha.)

(2) Exod. XXIV, 4, 6, 8.

(3) Levit. IV, 4, 15.

Inmolada la que se ofrecia en hostia pacífica, y consumida una parte en honor de la Divinidad, comian la otra, que, por la oblacion aceptada, se hacia cosa de Dios (1); y comiéndola, figuraban confirmar su alianza y unirse á Dios, participando de sus cosas, y recibir con ello el fruto del sacrificio (2). En la Cruz no se cumplió esta última parte del sacrificio; y Jesucristo la cumple en el Cenáculo, dando á comer y á beber á los Apóstoles la sangre de la víctima, que por el mundo se sacrificaba, para unirle á Dios.

El sacrificio Eucarístico es, pues, el mismo del Calvario; es su perfeccion y complemento; es su perpetuacion. Cuando Jesus hubo instituido este Sacrificio, dijo á los Apóstoles: «Haced esto en memoria mia: repetid lo que yo he hecho, y repetidlo en mi nombre (3).» San Pablo explica el sentido de estas palabras, diciendo: «Cuantas veces comereis este pan y beberéis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que venga;» es decir, hasta la consumacion de los siglos (4). Desde que el Señor dijo: Haced esto en memoria mia: este es mi cuerpo, esta es mi sangre; cuantas veces con estas palabras y con esta fe se celebra, dice San Cipriano, otras tantas este pan sustancial y este cáliz consagrado con solemne bendicion, se ofrece y aprovecha para vida y salud de todo hombre; siendo á la vez holocausto y medicina para purgar los pecados y curar las enfermedades (5). Ambas cosas necesita el hombre, ambos efec-

(1) Id. VII, 15.

(2) I ad Corinth. X, 18, 20, 21. Véase Aug. Nicolás, estudios sobre el Crist., 1.^a parte, libro 2, cap. 4, y 2.^a parte, cap. 17.

(3) Luc. XXII, 19.

(4) I ad Corint. XI, 25, 26.

(5) Ex quo à Domino dictum est: hoc facite in meam commemorationem, hæc est caro mea, et hic est sanguis meus; quotiescumque his verbis et hac fide actum est, panis iste supersubstantialis et calix benedictio-

los produce este Sacrificio, y ambos remedios exige la esperanza.

Consideremos últimamente el Sacrificio Eucarístico como prenda de esperanza y estímulo de virtud. En la Cruz, Señores, en su Sacrificio de sangre, Jesucristo se presentó como víctima universal que expia nuestras culpas; como cabeza de la humanidad que se inmola con él; y como medianero que nos alcanza por sus méritos la gracia, que nos lleva á Dios. En el primer carácter es nuestro Redentor; en el segundo, nuestro modelo y nuestro ejemplo; en el tercero, nuestro abogado y nuestro Sacerdote. En el Sacrificio Eucarístico tiene los mismos caracteres, obra los mismos efectos. Todos los dias pecamos, todos los dias necesitamos que se nos aplique la redencion; y hé aquí que todos los dias tenemos esa víctima que, ofrecida al Padre, nos atrae el perdon y mantiene viva la esperanza. Si queremos la paz con Dios, dice San Gregorio, enviémosle embajada, ofrezcámosle la víctima, porque la Hostia santa del Altar, ofrecida con lágrimas de contricion y con espíritu de mansedumbre, sufraga admirablemente para nuestra reconciliacion, puesto que aquel que una vez resucitado de entre los muertos ya no muere, aún vuelve á inmolarse por nosotros en este su misterio; y cuantas veces le ofrecemos la hostia de su pasion, otras tantas renovamos el sacrificio de esta pasion para ser perdonados (1). ¿Qué fuera de

ne solemnī sacratus, ad totius hominis vitam salutemque proficit, simul medicamentum et holocaustum ad sanandas infirmitates, et purgandas iniquitates existens. (S. Cyprianus, de Cœna Domini.)

(1) Mittamus ad hunc legationem nostram, flendo, tribuendo, sacras hostias offerendo. Singulariter namque ad absolutionem nostram oblata cum lacrimis, et benignitate mentis, sacri altaris hostia suffragatur; quia is, qui in se, resurgens à mortuis jam non moritur, adhuc per hanc in suo mysterio pro nobis iterum patitur. Nam quoties ei hostiam suæ passionis offerimus, toties nobis ad absolutionem nostram, passionem illius reparamus. (S. Greg. Papa, Hom. 57 in Evangelium.)

nosotros sin este sacrificio, sin la participacion de la Víctima divina? Por ello la llama la santa Iglesia prenda de eterna gloria (1); y el mismo Jesus dice: «Que el que participa de este beneficio comiendo de este pan, no morirá eternamente (2).»

Para llegar á esta gloria necesitamos elevarnos sobre nosotros mismos por la virtud; lo hemos dicho antes: la virtud exige el sacrificio, se funda en la gracia; y Jesucristo es en la Eucaristía el modelo de nuestros sacrificios, la gracia que los alienta, el premio que nos estimula. En la Cruz y en el Altar, Jesucristo es el representante de toda la humanidad, el nuevo Adán, padre de la humanidad regenerada, la cabeza del gran cuerpo, el modelo de los predestinados. Así debemos considerarle, dice San Leon, porque en él se representa la causa de todos, puesto que tomó nuestra naturaleza para repararla (3). Mostrándonoslo el Padre, nos dice: *Inspice*; mira, y haz segun el modelo que te he mostrado (4): ese es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle (5). ¿Qué nos dice el Hijo, á quien el Padre nos manda escuchar? «El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome la Cruz y sigame (6). Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (7);

(1) In Off. Corp. Christi.

(2) Joann. VI, 50.

(3) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Pass.) Nemo posset laqueis mortalitatis absolvi, nisi ille, in quo solo innocens erat natura omnium, sineret se interfici manibus impiorum. Unde Salvator noster Filius Dei, universis in se credentibus, et sacramentum condidit, et exemplum: ut unum apprehenderent renascendo, alterum sequerentur imitando. (Id., Serm. 14 de Pass.)

(4) Exod. XXV, 40.

(5) Matth. XVII, 5.

(6) Luc. IX, 23.

(7) Joann. XIII, 15.

hacedlo, y estareis donde estoy (1); porque nadie viene al Padre sino por mí (2). ¿No fué necesario que el Cristo padeciese para entrar en su gloria? (3) Si no padeceis, si no abrazais el sacrificio, no sois dignos de mí (4).»

El sacrificio, Señores: hé aquí el medio de elevarse á Dios por Jesucristo; hé aquí la gran ley de la santidad. Sin sacrificio no hay virtud; sin virtud no hay mérito; sin mérito no hay recompensa. ¿Anhelais el cielo? ¿Deseais la felicidad? Solo por el sacrificio se alcanza. Este camino es opuesto al del mundo; esta doctrina es contraria á las máximas del siglo; es verdad. El mundo dice: sensualismo, goces, riquezas, superioridad; Jesucristo dice: mortificacion, privaciones, desprendimiento, humildad. ¿Cuál es el término de cada uno? El primero conduce á donde Adán condujo á la humanidad; al pecado, á la corrupcion, á la muerte. El segundo, á donde la lleva Jesucristo; á la virtud, á la regeneracion, á la vida. Escojed: *ante hominem bonum et malum; vita et mors* (5). Pero antes notad que el mundo tambien exige el sacrificio. Examinad el camino que conduce á la riqueza, á los honores, al placer, al pecado, y á su entrada leereis escrito con grandes caractéres: «Sacrificio.» Desde Adán, el hombre está entre dos sacrificios: no es posible eximirse de los dos; necesariamente uno ha de sufrirse. La ambicion, los mundanos placeres, el amor á las riquezas piden constantemente el sacrificio de la salud, del reposo, de la vida tal vez, y con mucha frecuencia el de la virtud y del cielo. Sacrificio por sacrificio, aceptemos

(1) Id. XII, 26.

(2) Id. XIV, 6.

(3) Luc. XXIV, 26.

(4) Matth. X, 38.

(5) Eccli. XV, 18.

el de Jesucristo, diciendo: No quiero sacrificarme por la gloria pasagera del mundo, por placeres de un dia, por riquezas que no satisfacen; quiero sacrificarme para llegar al fin legítimo de mi existencia, por el cielo, por el Bien eterno, por Dios. Este generoso pensamiento hace los Santos. Ellos, como nosotros, se encontraron entre dos sacrificios, y prefirieron el sacrificio voluntario de los apetitos y pasiones, seguir á Jesucristo en el camino del Calvario, llevar la Cruz, renunciarse á sí mismos por Dios. Haciéndolo, la sangre de Jesucristo los limpió de pecado, los santificó, y ahora gozan gloria eterna en el cielo.

La naturaleza repugna el sacrificio, es verdad. Tambien los Santos sintieron esa repugnancia; pero lucharon, vencieron, y merecieron la corona. Solo será coronado el que pelear legítimamente (1). ¿Dónde encontraron fuerzas? En la Eucaristía. Se acercaron á ella; se alimentaron de este pan, que es, dice el Abad Guerrico, el misterio de la vida, la medicina de la inmortalidad, la causa de la resurreccion primera, y la prenda de la segunda; porque introduce en nosotros un principio de sustancia divina (2), y nos hace participantes de Cristo, añade el Apóstol, si hasta el fin retenemos ese principio divino (3). Alimentados de él, se sacrificaron con él y como él. Allí aprendieron á humillarse, á padecer y á morir, diciendo con Santo Tomás: *Edamus, et nos mori cum eo* (4). Cuando los primeros cristianos, dice San Cipriano, recibian la sangre de Jesus, aprendian á derra-

(1) II ad Timoth. II, 5.

(2) *Cibus iste, et potus, vitæ est mysterium, immortalitatis medicamentum, causa resurrectionis primæ, pignusque secundæ, quia divinæ plane in nobis initium substantiæ.* (Guerric., Sermon. 2 de Resurrect. Dom.)

(3) Ad Hebr. III, 14.

(4) Joann. XI, 16.

mar la suya por la gloria de la religion (1). Por ello, añade el mismo, no dejamos desnudos y sin armas á los que excitamos al combate, sino que los armamos con el cuerpo y sangre de Cristo (2). Hé aquí explicado el heroísmo de los mártires. Cuando Jesucristo se sacrifica y se da todo por nosotros, decia San Vicente de Paul, ¿habrá sacrificio que nos parezca imposible? Viéndole humillado, anonadado, muerto por nosotros, dado en alimento á nosotros, ¿podremos rehusar el sacrificio del orgullo, de la sensualidad y de todas las pasiones? Ved aquí explicado el secreto de la santidad. No consiste sino en asemejarse á Jesucristo, del cual dice San Pablo, que habiéndosele propuesto el gozo, prefirió la Cruz (3). Crucificaos, pues, para poder decir con el mismo Apóstol: «Estoy clavado en la Cruz con Cristo (4), y lejos de mí el gloriarme sino en la Cruz de mí Señor Jesucristo (5), sabiendo que si soy compañero suyo en el sacrificio, lo seré en la gloria (6), y que es inefable é inmenso el peso de ella que vendrá sobre mí por una tribulacion, por un sacrificio momentáneo (7).»

Hé aquí por qué perpetúa Jesus su sacrificio sobre nuestros altares; para enseñarnos el camino que conduce al término de nuestras esperanzas, y para darnos una prenda de la gloria que, siguiendo ese camino, nos espera, uniéndose á nosotros y dejándose poseer de nuestro

(1) Ad pugnam parare se debent milites Christi, considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi bibere, ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere. (S. Ciprian. Epist. 6, lib. 4, ad Pleb. Thib.)

(2) Quos excitamus et hortamur ad prælium, non inermes et nudos relinimus, sed protectione Corporis et Sanguinis Christi munimus. (Id. Epist. 45 ad Cornel.)

(3) Hebr. XII, 2.

(4) Ad Gal. II, 19.

(5) Id. VI, 14.

(6) Rom. VIII, 17.

(7) II ad Corint. IV, 17.

corazon; con lo cual podemos decir: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1), y todo lo puedo con él (2), todo lo espero de él, todo lo alcanzaré por él. Recordad lo que dije al principio. Dios, al criar al hombre á imagen y semejanza suya, quiso tener en la tierra una criatura en quien se reflejasen sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion de su misma gloria. Por ello puso en el corazon del hombre un instinto divino, un deseo inefable, el instinto de Dios, el deseo de la felicidad de Dios. Aun despues del pecado no quiso Dios que lo perdiera la humanidad, alimentándolo él mismo con repetidas promesas, que descubren siempre sus designios de inefable amor. Permanece fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (3). Yo mismo seré tu premio (4). Tales son sus palabras, que fomentan la esperanza; y porque él ha de ser nuestra gloria en el cielo, quiere ser ya el principio de ella en la tierra, dándonos en ese Sacramento, que es, dice Santo Tomás de Villanueva, la prenda de la herencia eterna, la única áncora de nuestra esperanza, el único asilo y consuelo del alma, y el medio por el cual confiamos entrar en el santo de los santos para gozar eternamente de Dios (5), puesto que es el preludio de los goces eternos (6), y el Sacramento en que se nos da el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (7).

(1) Ad Gal. II, 20.

(2) Ad Philip. IV, 13.

(3) Apoc. II, 10.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Hoc Sacramentum est pignus æternæ hæreditatis, hæc unica anchora spei nostræ, hoc unicum solatii nostri asylum, per hoc ad Dei nostri conspectum intra Sancta Sanctorum cœlestes confidimus introire. (S. Thom. VII, Conc. 3 de Sacram. Alt.)

(6) Amabile futuræ jucunditatis præludium. (Matth. Wormat.)

(7) Sacramentum Sacramentorum, in quo nobis dantur Pater et Filius et Spiritus Sanctus. (S. Thom., Opusc. 58.)

¿Quién no exclamará con David: en ti, Señor, he puesto mi esperanza, y jamás me veré confundido? (1) Solo el pecado puede interponerse entre Dios y nosotros, amenazando privarnos para siempre del bien que esperamos; pero este Sacramento, dice el Concilio de Trento, es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales, y nos libra de los veniales (2); es, dice San Ignacio Mártir, medicina de inmortalidad (3); y por su medio, Cristo reprime la fuerza de las pasiones, robustece á los débiles, y calma toda agitacion en el alma (4). Recibamos, pues, ese pan divino que, fortaleciéndonos como á Elías el que le dió el ángel, nos hará subir al monte de la vision, para alcanzar la herencia incorruptible que, San Pedro dice, está reservada para nosotros en el cielo (5). Unámonos á Jesucristo en la Eucaristía. Con noble aspiracion busquemos el término á que nos lleva, sigamos el camino que nos traza. El camino es el sacrificio de todo por la virtud: él nos hará héroes, nos hará santos. El término es el cielo, es Dios, para quien fuimos criados, y á quien nos lleva la esperanza sostenida por la fe y por el amor: él nos hará felices, nos hará eternamente gloriosos.

(1) Psalm. XXX, 2.

(2) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemus. (Conc. Trid., ses. 12, cap. 2.)

(3) Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo. (S. Ignat. M., Epist. ad Ephes.)

(4) Christus in hoc Sacramento sævientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. (S. Cyrill. Alex., lib. 4 in Joann., cap. 17.)

(5) I Petr. I, 3, 4, 5.

CUARTO SERMON.

La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union. La Eucaristia, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

*Cum dilexisset suos, qui erant
in mundo, in finem dilexit eos.*

(Joann. XIII, 1.)

SENOR, oi tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (1). Así exclama, Señores, el Profeta contemplando en vision sublime el misterio del Verbo unido á la naturaleza humana en la Encarnacion, y entrando en la carrera de las humillaciones y del sacrificio desde su nacimiento en la cueva de Belén (2). Mejor podemos nosotros repetir esas palabras contemplando las admirables armonías del Sacramento Eucarístico, en que Cristo renueva su encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su inefable dignacion, alimenta al hombre de sí mismo para realizar el designio del Padre, de restaurar en él y por él todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (3). Esta restauracion del

(1) Habac. III, 2, in versione Septuag.

(2) ¿Quid enim hoc est, nisi præcognitæ, novæ ac repentinæ salutis hominum ineffabilis admiratio? (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 32.)

(3) Ephes. I, 10.